

EMMANUEL BOVE
UN RASKÓLNIKOV

Traducción de
M.^a Teresa Gallego Urrutia
y Amaya García Gallego

Changarnier se sentó en el único sillón de su mísero cuarto. Llevaba nevando desde la víspera y los copos se posaban en los cristales de las ventanas como insectos en una pared.

Changarnier se miró los zapatos gastados. «Me voy a mojar si salgo —pensó—, pero si me quedo aquí ¿a qué me dedico?». Se puso de pie, encendió un cigarrillo. No tenía sed y le apetecía beber. No tenía hambre y le apetecía comer. Tiró el cigarrillo porque no le apetecía fumar. En el aire frío del cuarto, aunque estuviera cerrado, flotaba un olor desagradable. «¡A ver! Que no soy un cero a la izquierda», susurró. Se acercó a un espejo: «¡Tú, un cero a la izquierda!». Con inesperada brusquedad, como si hubiese querido ser

grosero, le dio la espalda a su imagen, luego se quedó titubeando unos segundos. No sabía qué hacer. ¿Sentarse otra vez? Recogió el cigarrillo que había tirado y lo volvió a encender. «¿Dónde estoy?», se preguntó sonriendo. Por fin se desplomó en el sillón.

Llevaba unos minutos dormitando cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó mecánicamente.

—Soy yo —contestó una voz femenina.

Fue a abrir y se encontró ante una joven de aspecto enfermizo que, sin embargo, ni siquiera parecía darse cuenta de su degradación. Changanier encendió otra vez el cigarrillo y luego, socarrón, miró de arriba abajo a la recién llegada.

—¿No te da vergüenza ser una pobre? —dijo—. ¿No te da vergüenza que te tengan pena todos los que te

conocen? ¿Es que, en el fondo, no tienes la mínima dignidad? ¿Así que vives como un animal? Un hombre te invita a beber y te vas con él. Te lleva a una habitación asquerosa, como ésta, y sigues con él. No le pides nada antes, pero después, cuando ya ha quedado hartado y está feliz, intentas sacarle dinero. Y vives, y tienes el cuerpo perfecto de los seres humanos, manos con cinco dedos, pies con cinco dedos. ¡Qué bajo has caído! ¿No te das cuenta de que en el mundo hay algo más que esa bajeza donde te pudres? ¿Es que no te das cuenta de que existen seres superiores?

La recién llegada oyó esa perorata sin extrañarse y sin interrumpir. Vestía un mal abrigo de conejo teñido con los ojales rasgados. Y un gorro en la cabeza. Este atuendo vulgar le daba a esa mujer a quien agobiaban a sarcasmos un toque aún más dramático. Pero Changarnier no parecía sensible a ese

drama. Iba en pos de una idea fija. La miseria, la ociosidad, la desgana que sentía por todo lo volvían insensible a los males ajenos.

—Eres un triste guiñapo —siguió diciendo—. Ni siquiera te respetas a ti misma. ¿Tengo razón?

Ella asintió con la cabeza.

—Podrías trabajar como los demás. ¿Por qué no lo haces? ¿Es que prefieres pedir limosna, que te amenacen y que te peguen, prostituirte con cualquier hombre sucio y ordinario?

Violette se echó a llorar. La descripción que hacía de ella el joven no la sorprendía. Cuando se tomaba la molestia de pararse a pensar, lo que decía él coincidía con lo que pensaba de sí misma. Pero solía preferir no planteárselo.

—Tienes razón —se limitó a contestar.

Entonces se produjo una escena

imprevista. Changarnier, que hasta ese momento había tratado a Violette de forma arrogante, sonrió tristemente. Luego dijo:

—Pues es al revés, eres un ángel; pasas por el sufrimiento y por la fealdad conservando el corazón intacto. Eso es lo más hermoso del mundo, y a los que tengan algo que echarte en cara, mándamelos; ya les diré yo quién eres. Y si no quieren creerme, me pegaré con ellos hasta quedarme sin fuerzas.

Changarnier, al decir esas palabras, se había transfigurado. Ya se veía como un defensor de la debilidad humana. Con paso nervioso iba y venía por el cuartito, presa de una vehemente exaltación. De pronto se detuvo y se quedó mirando un buen rato a la visitante, que se estaba secando las lágrimas.

—¿Me quieres? —le preguntó.

—Sí —contestó ella con sencillez.

Se acercó entonces a la joven y,

tomándole las manos, la miró agradecido.

—Ten confianza en mí —le dijo—, no pierdas nunca esa confianza y ya verás como un día seremos felices. Lo que hace falta ahora es que podamos contar el uno con el otro y que estemos siempre unidos. Vamos a la calle, vamos a la calle...

Ante esa invitación, Violette recobró la sonrisa. Creía en las virtudes de los horizontes abiertos. Salir a la calle había sido siempre para ella la esperanza, el placer, lo desconocido. Pero en las escaleras le dio un mareo y a punto estuvo de caerse. Changarnier sólo tuvo tiempo de sujetarla.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Ay, nada, nada... —balbució ella, como si por culpa suya fuera a quedarse sin el mayor de los placeres.

—¿Quieres que volvamos a subir?

—No; salgamos.

Eran las seis de la tarde. Seguía nevando. Los transeúntes apretaban el paso para volver a casa, donde los aguardaban, o al menos eso era lo que suponía Changarnier, un buen fuego y una familia cariñosa. Anduvieron unos minutos por el populoso barrio en que vivían. Letreros luminosos rojos y amarillos parecían derretir la nieve a su alrededor.

—¿Entramos ahí? —propuso Changarnier indicando un cafetín de aspecto mísero, pero caldeado—. ¿O vamos a Lavignol?

—Entremos ahí —dijo Violette, que no podía más.

Un grato calor los recibió, aromatizado con el olor de una cena que estaban preparando en una cocina cercana. Por milésima vez quizá en la vida, Changarnier lamentó que los dueños de los cafés no quisiesen nunca, ni siquiera cobrándolo, compartir sus

comidas con los clientes. Se sentaron a una mesa retirada. Estuvieron unos cuantos minutos sin cruzar palabra. Pero, cuando el camarero se les acercó por fin, Changarnier tuvo que hablar. Al haber oído el sonido de su propia voz, siguió hablando una vez que se hubo ido la persona ajena.

—Violette —dijo—, una cosa está clara, y es que no podemos seguir viviendo así. Todo el mundo en esta tierra tiene dinero, amor y satisfacciones, menos nosotros. Todo el mundo va, viene y vive menos nosotros.

Changarnier pegó un puñetazo en la mesa:

—Esto no puede seguir así.

Violette lo miró extrañada. En su alma primitiva no cabía la mentalidad de la rebelión. Soportaba su suerte y, en vez de intentar salir de la miseria, se había ido agriando poco a poco al mirar a su alrededor. Era tal su impo-

tencia que pretender que reaccionase habría sido una insensatez. Repentinamente, se irguió y pareció salir de su entumecimiento. El hombre que tenía al lado, Changarnier, estaba llorando. De golpe, esa mujer que, al parecer, no tenía razón alguna para vivir, esa mujer que era la necesidad personificada, que nunca había pensado lo desgraciada que era, que nunca había envidiado a nadie, esa misma mujer cambió. Se inclinó hacia su compañero de mesa, le cogió una mano con timidez y, sin atreverse a ninguna caricia más por temor a una regañina, le preguntó con la mayor compasión:

—¿Qué te pasa?

No contestó. Ella se le arrimó más, envalentonada por esa desesperación.

—Dime qué te pasa.

Él balbució entonces unas cuantas palabras ininteligibles. Luego, incorporándose a medias, dijo:

—¿Quién me va a entender en este mundo, quién me va a compadecer? Estoy solo, sin nada, y ¿qué va a ser de mí?

A Violette no se le pasó por la cabeza, de tan modesta que la había vuelto su pobre existencia, decirle que la tenía a ella. Lo miró con una compasión impotente. Ambos, aunque unidos como todas las parejas de este mundo, por los mismos lazos, estaban desesperadamente lejos uno del otro. Al verlos así, codo con codo, se evidenciaba que el amor es poca cosa sin las circunstancias felices que le permiten prosperar. Estaban unidos, como todos los enamorados, y sin embargo eran ajenos entre sí. De repente, Changarnier se puso de pie como si fuera a marcharse, luego, no menos repentinamente, se volvió a sentar. Su ira contra el mundo era tanta que no sabía qué hacer, que no sabía ya en qué pensar, que estaba

dispuesto a todo y a nada.

—Vamos fuera —dijo de repente.

Violette, igual que en la habitación, aceptó la propuesta con alegría. Anduvieron unos cien metros sin hablarse, bajo la nieve que seguía cayendo. El gentío, aunque la hora estuviera ya más avanzada, era aún mayor; y los automóviles, tan numerosos que se tocaban, estaban parados. Un clamor inmenso se alzaba de la calle. Era como si la mismísima vida llamase a Changarnier, como si ese estruendo fuera la prueba tangible de que había algo más en este mundo que su mísero horizonte.

Estuvieron unos diez minutos internándose así, cada vez entre más y más gente, más ruido, más nieve y más luces. Violette lo seguía con sus pasitos medrosos. De repente, Changarnier se volvió. Ella acababa de decirle:

—¿Quieres que te dé dinero?